

José Luis Herrera Arciniega

Mil caballos de vapor

[FRAGMENTO]

I

NUNCA SE DEBE LLAMAR a una puerta si no se sabe antes qué hay detrás. A pesar de eso, la mayor parte de las personas insiste en abrirlas; en ello radica el peligro, porque terminan enterándose de lo que hay al otro lado, en lugar de confiarse a la intuición como forma de la experiencia.

Lo ignorábamos y en ese estado incurrimos en peores actitudes, como abrir las puertas a cabezazos o a patadas. Los resultados fueron diversos: un número diferente de puntadas en sangrientos descalabros, estoperoles dañados.

Cuando eso ocurre se ven raras imágenes. La mirada, dirigida hacia el suelo, percibe el ritmo intermitente de un par de pies que aparecen-desaparecen, puntas y pedazos de empeines risueños, aunque cansados, mientras su dueño se tambalea.

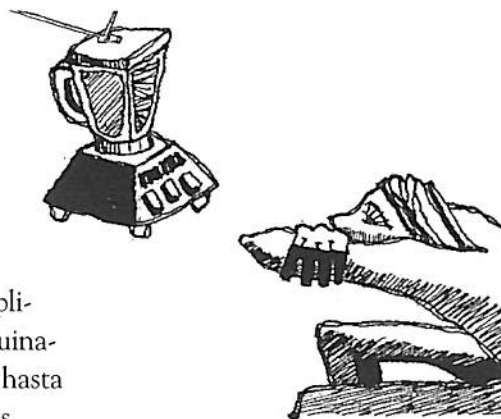
A esa visión se suma el jadeo, contundente y funesto por su implicación, el brío al ingerir a marcha forzada aire que movilice la maquinaria humana, la reacción en el entramado atómico de los músculos, hasta lograr el movimiento. Minúsculos, ocultos, interiores, indescifrables cambios en la postura de los músculos estriados —los que requieren de una intención obstinada, aunque terminen actuando por su cuenta, intercambio químico en lo más recóndito del cuerpo.

Se prolongan las imágenes. Son en blanco y negro. Por las mañanas los colores están ausentes, mientras sale el sol. Todo por andar madrugando, porque la noche fue una interminable sucesión de respiraciones y excesos,

el deseo de permanecer despierto a como dé lugar. Dormir es para los que usan pijamas, los que requieren el descanso, los que quedan ahitos después de una jornada laboral aburrida, los que buscan la cama para extraviar su esmirriada conciencia. Los que se cansan. Desconocen que el cansancio no puede existir, lo que hay es vida, a sabiendas de que se va agotando más rápido que los grados de arena de un reloj de baratillo.

Prevalece —en su caso— la búsqueda de la vigilia permanente, la negativa feroz a cerrar los ojos, la búsqueda de una fuerza que los conserve abiertos o semiabiertos. Cerca de allí, el paredón donde en la oscuridad se sacrifican los travestis.

Hay que andar bien despiertos, más en esa frontera madrugada-mañana-



José Luis Herrera Arciniega. Ganó el Primer Certamen Estatal de Literatura 1998 del Centro Toluqueño de Escritores, en el género de narrativa, con la novela *Mil caballos de vapor*, de la que presentamos este adelanto.



na, cuando cualquiera pueda hacer uso de estrategias para tumbarnos.

Es mejor ser amigo de los veladores que de los lecheros —¿existen todavía los hombres de blanco que transportan las botellas de cristal a la puerta de las casas en colonias de clase media? Es un recuerdo falso.

No lo son los veladores, porque con ellos suele toparse, cuando aparecen uniformados y con botas otrora de uso reservado al ejército; transitan por las calles en pareja o solos, soplan vigorosamente un silbato para dejar testimonio de que han hecho la ronda. Son los nuevos

guardianes de la noche.

Qué embota más el cerebro a estas horas de la vigilia: no haber posado la cabeza sobre la almohada, o el alcohol y alguna otra sustancia que también terminó afectando la euforia, la provocó y luego la adormeció. Que alguien conteste. No él, en rumbo a su casa, con dolores en las coyunturas de sus extremidades, porque ha tenido que caminar, hacer el un-dos, antiquísimo método para movilizar el cuerpo, romper la inercia, ir más allá del simple acto automático que procura la oxigenación.

Fue trasladándose a su refugio, su guarida. ¿Qué hay abajo, hacia poco más de metro y medio con dirección al suelo?, ¿qué asoma en esa forma de caminar? Zapatos de mujer. ¿Quién los ha puesto ahí? ¿Por qué razón aparecen como si fuesen el final del extremo de su cuerpo, su par de pies, apareciendo uno primero y después el otro? ¿Quién los colocó ahí y por qué dan la apariencia de ser los que procuran la propulsión tipo motor humano? ¿Por qué no le aprietan, si él supondría que difícilmente se encuentran en el mercado zapatillas del número adecuado para calzar sus pies? El usa zapatos de hombre, no zapatillas.

Alfredo no estaba solo. Tampoco acompañado. La aparente contradicción se explica por la presencia de Ricardo Valencia, a una distancia prudente, al momento en que el citado estaba a unas cuerdas de su casa. Ricardo Valencia había finalizado cierto menester que tenía que ver colateralmente con Alfredo Peregrina, y por eso se acercó.

Lo ve cansado y en la mitad de una profunda confusión. Duda quién es. Ricardo sabe, aunque prefiere no despejar su incógnita.

Con las cosas que han ocurrido, Alfredo Peregrina quizás dejó de ser el Alfredo Peregrina de antes, el que conocieron por tantos años hasta hace algunas horas. Ricardo explicaría de qué se trata, y de hecho ésa será su función, como parte del proceso para sanear su alma, sus restos.

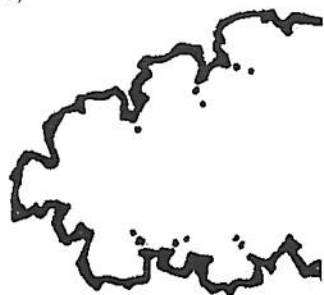
Oculto tras un disfraz de copista venéreo, no ha inventado a Alfredo Peregrina ni a los demás componentes de este testimonio. Estaban ahí. O bien, llegaron todos juntos, en una época en que la perspectiva del mundo tenía cierta novedad.

Grupo cultural-estudiantil es destino, o país es destino, pues en apariencia resultó fácil predecir qué habría de ser de ellos. Por lo pronto, se limita a subrayar su carácter de testigo, de actor a medias; los otros participantes son los que tienen vida real, él la tiene, en parte, a través de ellos, pero sin él poco quedaría de sus historias personales. Nadie sabría, por ejemplo, qué situaciones fueron la causa del ruinoso estado en que se halla Alfredo Peregrina.

Porque todo tiempo termina siendo un desperdicio. Desvanecimiento permanente. Repetir historias y vivirlas, como si todas fueran nuevas, y lo son. Efímeras. Se van rapidísimo. No cuenta nada. Menos para él, que despertará un rato más tarde y podrá afirmar que soñó. Solamente en una persona con pésima imaginación surgen tales registros, de suyo deficientes.

Borrar las pruebas, es tan fácil hacerlo con el simple expediente de pasar un tiempo bajo la regadera —siempre y cuando haya agua en casa; debe haberla, nadie puede estropear las ansias de la purificación, el borrado de las evidencias.

Lo otro se supone que quedó atrás, alguien será el responsable de la limpieza, un anónimo sirviente recogerá los restos de la pesadilla, los vasos con brebajes a medio consumir, los ceniceros repletos de basura, las bolsas de frituras vacías, los usados envases de hule con que se protege la vida —debían tirarlos por el excusado y confiar en la mezcla final con toda clase de detritus, los que revientan el drenaje.



La noche anterior no existió, eso lo sabe cualquiera midiendo las posibilidades del largo plazo. El dolor de cabeza, implacable a la hora en que se vuelve a despertar, podrá tener otros orígenes, desde una amibiasis en etapa terminal hasta un descenso brusco en la presión arterial del usuario, y habrá que controlarla tragando un par de pastillas extraídas de su pequeña caja de cartón. Quedará sólo esa manera problemática de respirar, el brinco de un fuelle usado y maltratado en exceso, la cada vez más frecuente sensación de que le están robando el aire, entre la contaminación de las ciudades y el paulatino arribo a la vejez. Y con tanto calor y tanta sequedad en el ambiente.

Acaso no lleguen. Es asunto menor. Lo importante del momento es más simple, no tiene que ver con disquisiciones filosóficas ni con ejercicios espirituales con los que se busca justificar la vida. Aunque, como dicen, la fe sin obras está muerta. Lo importante es tan sencillo y simple, encarnado en la concreción de una puerta familiar, la de una casa que tendrá que aparecer llenando la pantalla, como diciendo aquí es el lugar, ésta es tu guarida. Está un poco lejos o se tarda demasiado en aparecer.

De nuevo el corazón rebota, hace un ruido escurrido hacia arriba por las venas de la cabeza. ¿Serán todas las cosas que abrevó? Decirles cosas es una actitud amable. Sustancias sonaría a tesis de grado. Sin saberlo, se estuvo metiendo de todo, a su edad, cuando creía rebasadas semejantes actitudes. Y el corazón lo único que dice es que

hay que descansar; todavía no, porque ni modo de aventarse al suelo, pretender una carrera de nado de mariposa en la bruñida superficie de las banquetas o en irregular asfalto. Aquí no hay canales y si los hubiera, sería imposible introducirse a ellos; antes, siglos hace, tal vez los hubo.

Después de tantas cosas que carga en la conciencia, que lo obligarán al rito de ablución bajo la regadera, sólo le restaría terminar el numerito con el ridículo cuadro del hombre desmayado sobre la banqueta, dormido de tan intoxicado, sin voluntad más allá de las funciones automáticas del cuerpo. La pésima imagen del hombre derribado que causa ascos y miedos a las sirvientas y a los escolares que salen temprano a la calle, para comprar la leche, para llegar a buena hora a clases. El hombre desvanecido que duerme sobre el duro piso y que pronto se convertirá en un reporte más de la policía municipal o de un servicio de ambulancias, que con la lentitud de sus respectivas jornadas acudirán al sitio a verificar de qué se trata, si es el cuerpo de uno más eliminado en un crimen de tantos, o si es una persona que se pasó de copas, en aras de profundizar su depresión o de vivir un festejo nacionalista. Buitres que llevan años de práctica bolseando los cuerpos a la orilla de las banquetas, estén respirando todavía o sean ya asunto de la fiambra.

Qué pena, qué dolor, qué vergüenza, y no, ése sería un cuadro miserable y patético. No hay intoxicación que lo derribe, no en la calle. Si tuviera coche, tal vez hubiera optado por buscar un lugar medianamente tranquilo, tal vez se hubiese encomendado a algún prócer teológico de los que protegen contra los asaltos y se hubiera ido a dormir la mona con la relativa confianza de que, bebida, pasado y todo, no iba a acabar estrellándose contra un poste o contra otro vehículo.

Correcto o incorrecto, resulta irrelevante. Transporta su cuerpo por sí mismo, va a pie y puede probarlo con su respiración agitada, cierto amago de calambre que le sube por la pantorrilla derecha, y la punta intermitente de un par de zapatillas rojas que aparecen, una sí y luego la otra,



cuando baja la mirada, queriendo evitar un tropiezo, más por esa sensación de que su ropa va demasiado apretada, sobre todo en las piernas, como si la tela se estrechara y le impidiera dar zancadas más largas.

No va solo. Se engaña si piensa que es el único en tránsito hacia su casa a estas horas. Pobre Alfredo. Llegar a esto. Que Ricardo Valencia, oficiosamente, vigile sus pasos, y no es que por fuerza deba protegerlo —¿qué le puede pasar?, nada—, sino que lo mueve la curiosidad de ultimar el testimonio. Si no tiene la seguridad de que llegue, ¿cómo podrá rehacer la versión de las últimas horas? Debería estar durmiendo y podría hacerlo si se acercara a Alfredo y le dijera sube al coche, llevarlo a su casa, acompañarlo a la puerta, ayudarlo a sacar las llaves y elegir la correcta combinación de las cerraduras vigilantes de su hogar. Cerciorarse de que Alfredo quedara correctamente aventado encima de su cama, quitarle los zapatos, escuchar su primera serie de ronquidos. Podría quedarse a dormir en el sofá de la sala, en previsión de algún desperfecto adicional cuando despierte.

O aventar las llaves de la casa en la mesa del comedor y salir, meterse al coche y conducir velozmente hasta su propia casa, donde lo estará esperando su familita; lo más probable será hallar a todos dormidos, incluida la esposa, por agotamiento o por resignación, con una mueca que exija una buena disculpa sobre la llegada tan tardía, tan escandalosa, mira en qué estado vienes.

No es desgarrador. Los testigos no pueden darse el lujo de distraerse. No es que hubiera hecho algún plan frívolo por el que los demás tuviesen derecho de ponerse burros al máximo, mientras él los miraba armado de jugo de naranja o un refresco y que, cuando declinara la fiesta, trasladara a sus casas sanos y salvos a los que hubiesen perdido la línea vertical.

Su estado físico y mental es normal y no hay modo de medir excesos superlativos; descarten que haya tenido el encargo de la abstención para llevar a los pecadores a sus casas. Quiso ver. Presentía intenciones, vio debilidades, adivinó objetivos oscuros y participó en ellos, la conjunción de diversas circunstancias que recomendaban no meterse más cubas de las debidas, no pasar la frontera entre el último trago lubricante y el primero del lanzamiento sideral, ese que obliga a agarrarse con todas las fuerzas al sillón, pues de otro modo, se dan tantas vueltas cerebrales que se termina volando, como si el cráneo chocara contra el cielo raso.

Históricamente correspondió a él estar a cargo de la repartidera de gente a cada fiesta o reunión de diversa índole. Era otra forma contradictoria de ausencia. Tampoco lo planeaban, pero a la hora en que acababa todo, cuando la jornada nocturna se agotaba, por regla general Ricardo Valencia era el

que estaba en mejores condiciones para manejar o, eventualmente, para hacerse cargo de conseguir un taxi y pagarlo. No que estuviera bien, sino en menor estado de inconsciencia.

Tampoco los demás son más atormentados o sufren de una impericia total para manejar sus ritmos de ingestión de sustancias ajenas al organismo. En un concurso tonto, habría que ver el lugar real de sus tormentos y angustias. La diferencia estriba en que él prefiere ser borracho de buró y desdén las etapas del ebrio de cantina o del social; los otros son estúpidamente más explosivos y más recesivos. Aunque él alterna las borracheras de buró con las sociales.

Ellos pueden pasar semanas o meses sin meterse nada al cuerpo aparte de los comestibles cotidianos, mientras que él opta por un consumo regular, casi permanente, y si alguien se pusiera a medir cuántas botellas se les adjudican a ellos y cuántas a Ricardo, le correspondería un reconocimiento mayor de parte de la industria mundial de alcoholes industrializados. Son tan tontos que quieren beber en una sola noche una cantidad de licor que comparativamente él se ha metido de manera acumulada en unos pocos días. Es supermán, más en ocasiones como ésta —como si las hubiera tan frecuentes y se pudieran repetir— en que decide su voto personal a favor de la moderación, y no se arriesga a los ataques de las arañas saltarinas en el techo.

Allá va el pobre Alfredo. Tan mal que no descubrió a Ricardo a pesar de que hasta hace rato, al ir clareando el día, pudo éste apagar las luces del coche.

¿De qué le sirve tener la paranoia a flor de piel si no consigue distinguir entre el paso circunstancial de un coche y una persecución oficiosa como la de Ricardo? Tiene suerte por su condición de varón adulto, que lo hace menos vulnerable a los ataques del hampa. Ricardo podría decir lo mismo.

Lleva tiempo sospechando que hay una guerra no declarada oficialmente, y que no se sabe con exactitud quiénes conforman el ejército de la nación enemiga. La única percepción que queda es que esa guerra existe. Consulten la cartelera con las estadísticas más recientes de asaltos y crímenes.

El grupo poblacional de varones adultos se encuentra más a salvo, en apariencia. Como en esa leyenda del guerrero que mató un dragón y se bañó en su sangre para hacerse inmune a las heridas, así los varones adultos y más o menos robustos llevan mayores ventajas, en tanto no les caiga la mala suerte.

Tiene un punto de comparación: mujeres y niños y ancianos. Con respecto a ellos, a su vulnerabilidad, los varones adultos son inmortales —a veces. Lo común son los asaltos a indefensos, a los menos inmunes. En ese sentido, gente como Alfredo y Ricardo tienen cierto privilegio. Algo podrán hacer, quizás no mucho, pero sí más que un niño, una

mujer, un anciano.

Piensa en calles solitarias, por las que un niño regresa de la escuela o va por el pan; lo detiene un ladrón o varios y le arrebatan la pesada mochila con los deberes de la escuela, le quitan hasta lo del domingo. Una mujer, débil como exige el arquetipo, pierde la bolsa en que todo cabe, hasta dinero y cosméticos, por la hostil actitud de otro ladrón —es otra historia, otra posibilidad— y un asalto más, con la posible agravante de que terminen atacándola feamente. Una violación más. Y qué decir de los ancianos, abatibles con un simple empujón.

Se dirá que el riesgo es también elevado en casos como el de Ricardo y el de Alfredo, porque los hombres salen con mayor frecuencia a la calle, todavía no los supera el número de mujeres que sale a trabajar o que se va de juerga. Debe de ser. Estadísticamente se podría probar, llegado el caso. Son más en la calle. Ellos. Pero han sido tantas veces y siguen vivos. El propio Alfredo sigue vivo, a pesar de las apariencias y de la serie de tropiezos que va dando en su torpe andar, como si la ropa le frenara los pasos.

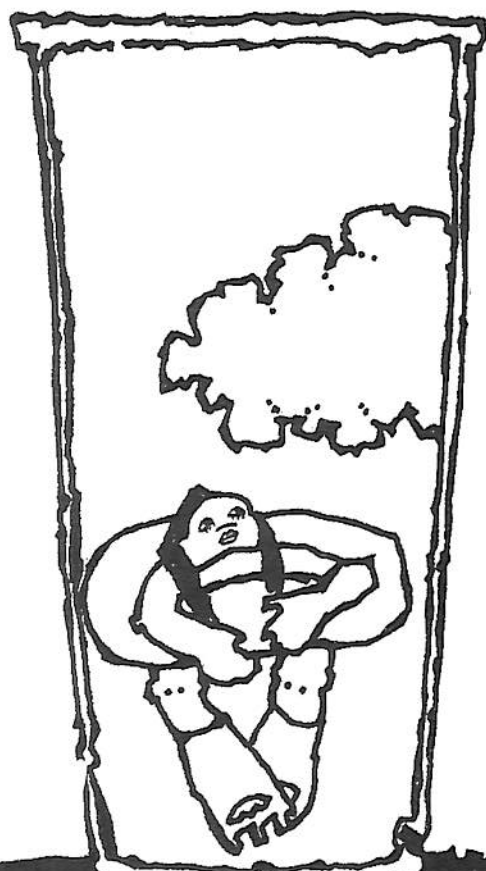
Conoce la razón de sus titubeos y desconfianzas y no tiene gran interés por aproximarse a él. Su papel es de testigo. No es que deba protegerlo, sino tener la certeza de que Alfredo efectivamente llegue a su casa. Nadie preguntará, pero ha de saberlo.

Alfredo es uno de los más aturdidos por el calor. Ricardo no, porque, en cambio, detesta el frío. En otros años, a estas horas y en este lugar, la calle, estaría sufriendo a más no poder por causa del frío, ese que se extiende con neblinas tempranas, que congela el parabrisas y toldo de los coches, que revienta las tuberías de las casas. Lo odia.

Es animal de calor y la manera en que se ha venido la temporada es inmejorable para él. En parte por eso logró controlar el ritmo de bebida esta noche, porque si hubiese hecho el frío acostumbrado, el normalito, hubiese intentado mitigar su mala sensación, su sufrir, mediante la introducción de más y más alcohol a su cuerpecillo, pero como hace calor, no hay problema.

No pierde de vista que las pasiones forman un oleaje parejo al estado del tiempo, pero el clima suele ser más variable que las tragedias de cada día. Por eso es feliz en el rubro clima. Los otros no lo son. Se acongojan, se abanican, ponen a funcionar ventiladores o el aire acondicionado, van manejando y creen ver espejismos como en el desierto. A lo mejor él también, pero no puede desdecirse de su proclama a favor del clima cálido. Si ellos supieran.

Aun cuando se trate de un calor atípico como este que lleva meses asolando no una región, sino el mundo entero. Los exper-



tos del clima dan explicaciones tras explicaciones, nombran el asunto, pero eso no basta para componer este desarreglo que, paradójicamente, le resulta benigno.

En otro tiempo, este amanecer tendría tonalidades pardas, cambiantes al amarillo de los rayos iniciales del sol, si éste decidiera salir. Por ahora no tiene prisa, pues está haciendo ese calor que atosiga a tantos, los pone fuera de sí.

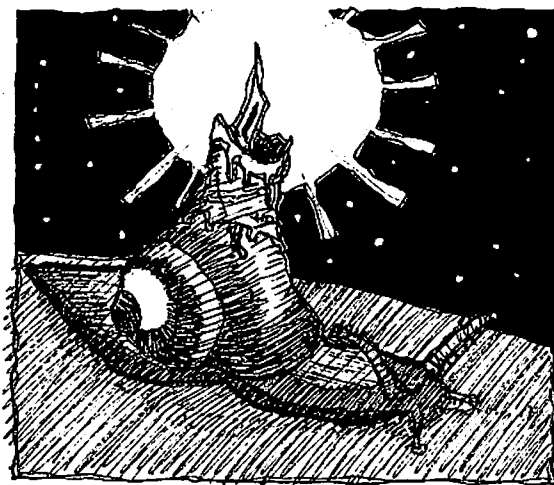
En este tiempo de seguir a Alfredo, el aire tiene una tonalidad gris brillante, como si alguien se hubiera puesto a filmar un videoclip con ese matiz, y la llegada del sol se ve tímida pero anuncia una irrupción absoluta hacia el rojo. Hace calor, a pesar del amago de brisa mañanera que pretende enturbiar el color del aire. Ojalá Alfredo sudara como cerdo, para ver si así saca un poquito de lo que lleva dentro. Si supiera.

Hace rato, Alfredo había recuperado algo de cordura —o lo que funcionó fueron sus sistemas automáticos— y, en medio del trueno, logró salir de la casa del Chepe Castilla. Tal vez adivinó algo cuando identificó a su lado a Maribel, afectada por análogo desconcierto. Alfredo miró hacia el rincón en el que estaba sentado el Chepe Castilla, con esa cara que muestra diversión basada en el escarnio a la gente cercana. Alfredo salió apresurado y aceptó subirse al coche.

Sácame de aquí, Ricardo, dijo con voz apagada Maribel, y él supo que no podía negarse. No por él, ni por ella, ni por ninguno de los cuatro.

Llevó a Maribel a su casa; estaba a punto de la convulsión. El esperaba la impensada crisis en que ella se pusiera a llorar y a gritar su desesperación y su caída, que dijera que siempre había odiado al Chepe, que le temía y que tampoco podría volver a ver a Alfredo, quien, a su vez, estaba con mirada perdida en el asiento trasero.

Maribel no sólo sudaba. Las cosas le estaban saliendo por los poros, cada gota la iba aniquilando un poco más. No estaba bien, eso era una obviedad, pero había que pensarla, que pasara a formar parte de este testimonio. Y, a diferencia de Alfredo, a quien terminaría por acompañar de lejos un poco más tarde, Ricardo estaba dispuesto a completar el numerito con Maribel, es decir,



acercar el coche casi hasta la puerta de su departamento, abrirle, entrar con ella, estar a la expectativa por si le daba la clásica actitud de la anfitriona que, así esté muriendo de pena y

dolor, ofrece café al visitante.

Eso pertenecería a otra historia, porque lo más seguro es que Maribel bajara del coche con el apresuramiento que le permitiera su estado, y que no se despidiera o que fuera muy cortante en la despedida y entrara de inmediato a su casa. Tampoco, porque Maribel no podría movilizarse con mayor rapidez que una boca rumiante, de tan mal que estaba. No habría sino bajarla del coche, ir la subiendo con el respaldo de un hombro amigo, abrirle la puerta, trasladarla por los aires y en su infortunio hasta la cama, depositarla sobre las sábanas, aligerarla de lo que le sobrara. Era claro que tendría que llevarla por lo menos hasta su cuarto, depositarla sobre la cama, ver los primeros minutos de su llorar.



“Una nota es una lágrima y la palabra el pretexto que la sostiene”, decía el radio del coche. Maribel sudaba y era infeliz. Alfredo aprovechó un alto para bajarse sin avisar, sin pedir permiso, sin medir la gran distancia que lo separaba de su casa. Caminará, no te preocupes, dijo Ricardo, pero Maribel no se veía alarmada, más bien impávida o más tranquila por esa ausencia. Un peso se le había aligerado con la huida de Alfredo. (O parte de ese peso, porque de seguro hubo de relacionar la mano herida del Chepe Castilla con los vidrios que habían caído sobre la cama).

La calle seguía moviéndose, solitaria, con las luces azules de los arbotantes. Había el tráfico intermitente y flotante de la profundidad de las madrugadas. Poco, pero ahí estaba. Antes, en recorridos similares, hacía demasiados años, fueron siempre los únicos, el aislado par de faros del coche del Chepe Castilla a toda velocidad por las avenidas, desafiando las probabilidades del choque en cualquier bocacalle. Ahora no debían sentirse solos porque, sin importar la hora y la distancia, se llegaban a ver las luces de otros coches. Empero, estaban más solos que nunca.

Maribel sudaba. La gente había dejado abiertas las ventanas que daban a la calle, a la búsqueda de una brisa que refrescara un poco, que aliviara el calor excesivo, el que se mete a la carne aun cuando sólo se use una sábana ligera para cubrirse el cuerpo.

Él podría adivinar la verdad, que este tiempo de calor, esta ausencia de la lluvia no es accidente ni hecho fortuito, sino efecto permanente, áspero efecto que prevalecerá con dañosa actitud, excepto para Ricardo, que odia tanto el frío y que espera pacientemente mientras se agotan las reservas mundiales de agua.

"Los nervios apostando al fracaso, y el corazón dudando por morir un poco aquí, un poco allá", dijo el radio del coche.

II

Me voy a retirar, anunció el Chepe Castilla y Ricardo entró en un estado cercano al pavor. Aun cuando la confianza mutua estaba más que demostrada, no sabía qué hacer, si un reclamo directo, una pregunta simple, o irse por vericuetos hasta que el Chepe tuviese la bondad de explicar su plan. Supuestamente, cualquier

plan que hiciera el Chepe Castilla debía incluirlo, por fuerza.

Entendió. Ya lo había hecho en otras ocasiones, pero hacía demasiado tiempo, lo que provocó el descontrol. Lo que el Chepe Castilla pretendía decir era que iba a vivir como gente normal y decente, se encerraría al modo de un ostión en su casa, iba a dejar en marcha lo mínimo de sus empresas y sólo conservaría aquellas que no fuesen demasiado vistosas, que anduvieran por sí solas, merced a la inercia de que se tratara de negocios muy bien cimentados y tan arraigados entre la comunidad que fuera imposible para el Chepe Castilla negar su condición de propietario.

La primera ocasión en que hizo un anuncio semejante fue en la parte final de la carrera, cuando ni siquiera alguien con

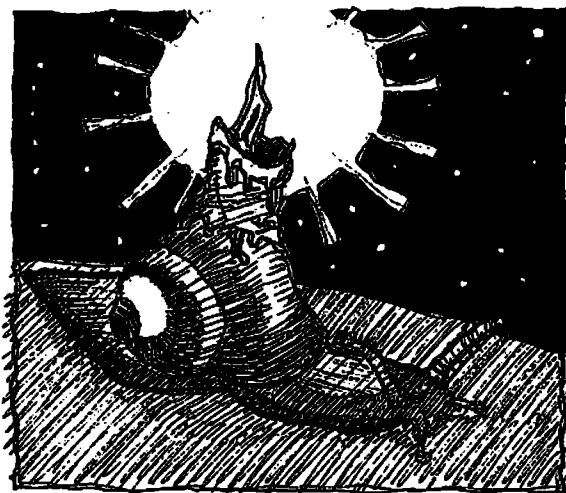
las influencias del padre del Chepe podría haberlo salvado de la expulsión de la facultad por exceso de materias reprobadas.

Así había ocurrido, a pesar de que apenas se había registrado el movimiento estudiantil que por fin colocó a la universidad en el siglo XX, y no en el siglo pasado, que era como la benemérita había venido funcionando y cosechando sus mejores logros. Por eso el Chepe, amparado en los avances del consejo paritario y en la creación de los consejos académicos en las escuelas y facultades universitarias, había logrado un avance irregular aunque permanente. Habiendo esquivado numerosos escollos, vislumbró que, por encima de la efímera revolución estudiantil, muy bien podrían ponerle un alto y obligarlo a desertar, por mucho que fuese, además, la cabeza visible de un grupillo político-cultural.

El Chepe no estaba dispuesto a reiniciar otra carrera ni a cambiarse de ciudad, aunque su familia tuviera el dinero suficiente para mandarlo a cualquier instituto Patrulla en Harvard, Cholula o Monterrey.

Lo había dicho en plan de confidencia, que a él le urgía acabar la carrera y no sólo eso, titularse de inmediato, porque si bien en términos pecuniarios no tenía la necesidad, se trataba de un asunto moral y generacional. El Chepe era especialista en definir sus metas personales y, según le conviniera, hacerlas colectivas, como había ocurrido desde la preparatoria, cuando se había topado con Ricardo, Maribel y Alfredo, un tiempo en que se dio maña para instalar la relación amistosa, fraterna —él decía—, que no tenía por qué disolverse, ni siquiera por la separación en escuelas diferentes: él estudió administración, Ricardo y Maribel fueron a la facultad de Derecho y Alfredo a la de Economía. Ahí, separados y juntos, tejieron un trozo de historia colectiva y pedazos de historias singulares.

El Chepe no tenía necesidad de acabar carrera alguna porque, con ella o sin ella, lo iban a poner al frente de alguna o algunas empresas. El aprendizaje había empezado desde su niñez, cuando le metieron por debajo de la piel la convicción de clase, su estatura de patrón, de dueño de las cosas, y para ejercer tal función no se requiere —o no se requería— un título universita-



rio. Pero el Chepe no quería ser, al menos en ese aspecto, como su padre. Debía superarlo. No ser solamente “el señor Castilla”, sino “el licenciado Castilla”, un punto más hacia arriba en la escala de valores del grupo familiar del Chepe y de su entorno inmediato.

Además, el Chepe Castilla no iba a limitar su vida a ser un capitoste de la empresa privada. Es cierto que su padre había sido amigo de los gobernadores en turno, que uno por uno habían cuidado su relación con el poderoso empresario. Pero el señor Castilla no había sido siquiera regidor en la comuna local, y como era manifiesto su desinterés por la actividad pública, a menos que le sirviera para resguardar sus privilegios y ampliar concesiones, difícilmente se le veía en los corrillos donde pululaba la clase en el gobierno.

El Chepe, por tanto, tenía un desenfrenado y muy poco original deseo de adicionar al poder económico el poder político. Manejar más gente que la que pudiera depender de sus empresas. Eso explicaba su decisión de haber entrado a la universidad, pues ésta, en cuanto institución pública, era el semillero principal de los cuadros gubernamentales (cuando los vientos cambiaron, el Chepe modificó el destino de sus hijos, a los que envió a instituciones privadas, pues era evidente que el nuevo semillero político lo constituían las escuelas y universidades de paga).

Cuando el Chepe Castilla encabezó una planilla para la elección de consejero alumno, lo apoyaron hasta lo último, aun inmiscuyéndose en asuntos de una facultad ajena. Al final, negoció con su contrincante más fuerte y obtuvo la suplencia del puesto. Explicó que lo había hecho por estrategia, pues de otro modo no hubiera conseguido ni un suspiro como premio de consolación.

El grupo lo admitió a regañadientes. Alfredo fue el que más se enojó, aunque por lo bajo dijo que él sabía la clase de persona que era el Chepe, pero que así lo habían aceptado, incluso como líder, y que se trataba de un amigo y que a los amigos no hay que pedirles explicaciones. No siempre, y esa vez, ¿para qué? Iban a seguir juntos un buen rato y eran el grupo dentro del grupo, y eso lo sabían los compañeros y una que otra autoridad universitaria.

El retiro del Chepe Castilla en ese *sprint* académico, fue ir a clases, estudiar, suspender reventones, organizar con un método ejemplar sus actividades que iban desde la atención requerida por su novia, las responsabilidades que ya le había adjudicado su padre en un par de empresas menores, y el estudio propiamente dicho, que incluyó organizarse con Ricardo para que en sus respectivos seminarios de investigación trabajaran sobre un tema común, una extraña combinación administrativo-jurídica de la cual cada uno extrajo un borrador de tesis.

La meta era titularse a la voz de ya, de modo que al día siguiente de la última clase estuvieran formados ante un ejército de sinodales,

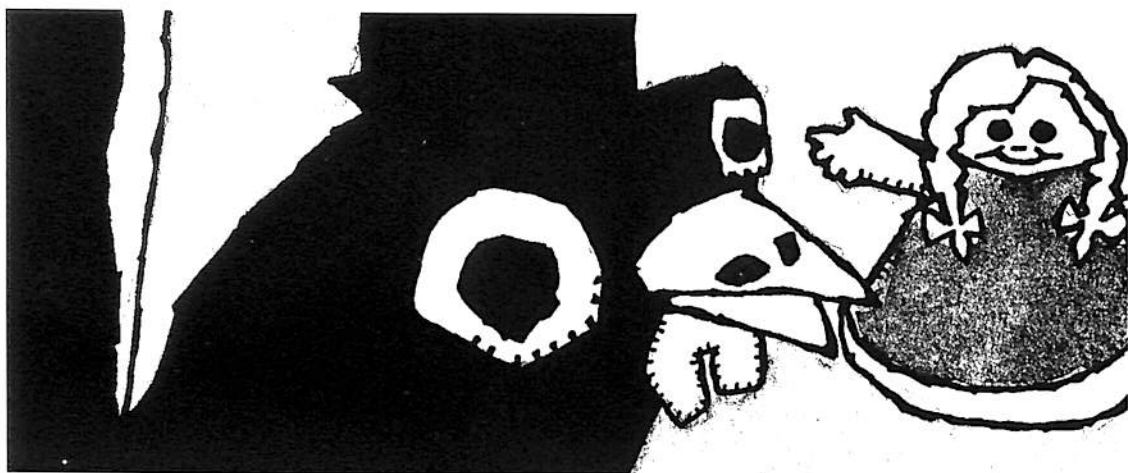
pasando a la historia como los egresados más rápidamente titulados en una universidad donde tal trámite solía tomar varios años a aquellos que optaban por enfrascarse en alguna chamba de principiante, en lugar de andar fichando las cosas sabidas de la ciencia social en el mundo contemporáneo.

El Chepe Castilla inició una carrera meteórica, para decirlo en términos muy trillados pero ilustrativos. Ese apenas recién titulado era ya coordinador administrativo de una voluminosa dependencia del gobierno local, mientras que Maribel y Ricardo buscaron méritos por la modesta vía de trabajar como pasantes en un área jurídica de bajo rango.

El otro parámetro de generación fue Alfredo Peregrina, el más brillante en lo académico, que consiguió clases en varias preparatorias y en la propia facultad de Economía, donde habría de hacer huesos viejos, al combinar la docencia con la militancia en células izquierdistas. Hubiera avanzado más rápido y hasta por escalafón habría llegado a director de su escuela, si no se le hubiese atravesado una purga partidista que inevitablemente desajustó el ámbito universitario.

A estas alturas, Alfredo apenas se estaba rehaciendo, en lo laboral, del ostracismo académico; en lo político, del predominio de otro grupo en el seno del partido; en lo personal, de un divorcio postergado, porque cuando se casó con su mujer, todos supieron que era un matrimonio por desesperación, que desde el





principio olía mal, aunque nadie le dio el aviso a Alfredo, quien de todas maneras jamás habría hecho caso a advertencia alguna.

La segunda vez que el Chepe Castilla anunció que se retiraba, se trató de un asunto muy tangible: iba a hacerse cargo del conglomerado de empresas de su padre, aburrido éste de mantenerse al frente de ellas. De entre todos los hermanos del Chepe, fue a quien prepararon para ser el heredero. A los demás les dieron una parte de los negocios, o los casaron con las personas apropiadas para que continuaran viviendo con el boato y ritmo al que estaban acostumbrados, mientras que al Chepe le correspondió guiar la supraestructura de la empresa familiar.

Cuando informó de sus intenciones personales, su padre no objetó que el Chepe pudiera explorar los rumbos del gobierno, y así pudo acumular con los años una carrera burocrática-administrativa que evidenció su capacidad para ir por el lado práctico de los acontecimientos, al mismo tiempo que guiaba los negocios del clan.

—Me retiro —dijo el Chepe, en la etapa previa a que le asignaran la función de llevar las riendas del consorcio familiar, y eso significó, nuevamente, que viviera como un ser humano normal y moderado.

El Chepe solía meterse de todo. Desde la etapa más temprana en que se formó el grupo, los había iniciado en ese proceso, y él había ido hasta lo más profundo; los demás no, quién sabe por qué, si porque tenían conciencia de que su nivel de ingresos no permitiría un tren semejante de vicios y desintoxicaciones en Houston —viaje que el Chepe hacía con frecuencia, utilizando el pretexto de que se iba de vacaciones para aprender inglés o para renovar equipo de sonido—, o porque no llevaban encima la fuerte carga de cuidar tanta riqueza, o porque no aguantaban la ingestión de tantísimas cosas como el Chepe solía consumir.

Se entiende que hayan sido alcahuetes de esas costumbres, pero no comprendían cómo en su familia no pasaba nada, no le reprendían ni bajaban gastos a pesar de que por días era evidente que el Chepe estaba haciendo algo médicamente excesivo y jurídicamente ilegal.

En el improbable caso de que el Chepe hubiera sido hijo de cualquiera de ellos, por ese simple detalle nadie lo habría puesto al frente ni siquiera de una pequeña tienda de abarrotes. Parece que su familia tenía una gran capacidad para el disimulo.

Además, el Chepe no fallaba. Mantenía el control sobre los negocios, escogía bien a los responsables, que tenían que rendirle cuentas con plena exactitud, pues no daba margen a irregularidad alguna. Y, en cuanto a sus puestos públicos, agregaba esa inmensa capacidad de recuperación que sólo se explica cuando la ambición por el poder es tan grande, y que le permitía, después de una noche de los más crudos excesos, llegar recién rasurado y bañado, bien vestido, a una ceremonia cívica, a un acuerdo con el titular del ministerio, a una gira de trabajo, aunque para conseguirlo hubiese tenido que echar mano a otras sustancias que inhibieran el efecto de las consumidas previamente.

—Ya habrá tiempo para descansar en el sepulcro —dijo el Chepe una vez. Además, podré morir de cualquier cosa, pero no de parto.

Eso hace varios años, porque ahora el Chepe había anunciado:

—Me retiro.

¿Se retira de qué?, pensó Ricardo Valencia, porque, en rigor, el Chepe estaba retirado. Por primera vez en poco más de tres lustros estaba solamente dedicado, con gran aburrimiento, a los negocios, que a pesar de las repetidas crisis económicas del país se sostenían con relativa solidez, en buena parte porque el Chepe siempre había sabido aprovechar las relaciones de su padre con el gobier-

no, y porque él mismo había creado sus nexos desde adentro del monstruo para que siguieran fluyendo las concesiones y contratos de los que dejan contentos a todos, a los que brindan el servicio, a los que lo concesionan y a los que cobran su comisión como intermediarios. El Chepe había desempeñado indistintamente estas tres funciones.

Un día el Chepe amaneció sin colocación en el gobierno. Tenía amigos, tenía relaciones, pero en ese momento se encontraban también en receso forzado —en la vida política la mayor parte de los recesos suelen ser obligados.

Había buscado una diputación por el PRI y nuevamente lo rechazaron. Después de todo, una riqueza como la del Chepe no era conveniente en una etapa en que ya no se tenía segura la victoria y designar candidatos tenía que ceñirse a reglas distintas a las que habían prevalecido por décadas. Y si antes no le había tocado candidatura alguna de importancia, menos ahora, en que hablar de la familia Castilla era, desde cierto punto de vista, referirse no sólo a una de las más grandes fortunas del estado, sino también a varios asuntos no demasiado pulcros que habían llevado mala fama a sus protagonistas, señaladamente el Chepe.

Cualquier otro se hubiera resignado a dedicarse a la vida privada, que, con tal acumulación de capital y de bienes, permitía un roce constante con los hombres del poder político. No el Chepe.

Pensar en el Chepe transportaba a Ricardo Valencia al nivel más vulgar de la vida. Tener que ganarse el sustento mediante un empleo, cobrar por el medio que fuera, ya sea tarjeta de débito o cheque o sobre de nómina, mas al final terminaba en calidad común de asalariado. Pasaban por sus manos gastados, sebosos billetes que indudablemente habían estado en otros dedos, en un mercado, en un autobús, en una piquera, en un basurero, listos para seguir su recorrido.

Lo mismo podía pensar de otro elemento y factor de vida como ese acercamiento a partidos políticos. Los partidos no existen en historias con cierto *glamour* —exageraba Ricardo— pero en la suya, compartida con el Chepe, ahí estaban, en su cruda y vulgar posibilidad de jugar a los comicios, bañarse con el olor de las masas, pronunciar discursos, lanzarse al vacío desde una plataforma que todos sabían era de papel y seguiría siendo papel, porque la política real se hace con saliva y manos suaves, del que no se maltrata más que con el estrés y el costo de la úlcera, y desfiguros sidáticos.

Chepe, en su crueldad, obligaba a Ricardo a descender al infierno de la vida política, que es infierno no por las trampas que hay que esquivar, puestas por opositores o por los propios compañeros de partido; es infierno porque es vulgar, trátase de las siglas que sean.

Ricardo a veces, por segundos, lo aceptaba con resignación que quería ser inteligencia o pragmatismo, y acaso sólo fuera la

necesidad de cobrar en alguna nómina cada quince días con puntualidad.

Con una décima o vigésima parte de la riqueza del Chepe, Ricardo se habría retirado de la vida pública, de la privada, de la que fuese, para optar por la clandestinidad del que vive de sus rentas. Refugiado en alguna playa lejana, si no virgen, todavía a salvo del ataque de algún consorcio hotelero, no hubiera vuelto a dar más golpe que la revisión regular de sus cuentas bancarias y el retiro sistemático pero pausado de las ganancias que hicieran posible mantener un tren de vida de moderado lujo, sin necesidad

tampoco de convertirse en sujeto de secuestro. Siguiendo esa línea de descanso y moderación, habría sobrado para que sus hijos vivieran un buen rato sin necesidad de tener que vender el alma como empleados de algún patrón o de una institución.

Jamás habría de reunir una fortuna equivalente a la décima o vigésima parte de la de su amigo Chepe Castilla. Tal vez en varias reencarnaciones podría lograrlo, siempre y cuando no le tocara ser trabajador de salario mínimo, porque entonces tendría que aumentar la serie de nuevas existencias con las que llegara a poseer tantos bienes y dinero como el Chepe.

Ni siquiera le era dable un premio en la lotería, porque había adoptado la mala costumbre de jugar esperando ganar, y como todos saben, para ganar en la lotería o en cualquier otro juego o certamen, hay que jugar a perder. Hacerlo de forma libérrima, con plena conciencia de que se está tirando el dinero y que, además, no importa. Por eso los millonarios que ya tienen demasiado, si compran un entero de lotería —no uno o seis cachitos, que es lo que hace el común de la gente— es muy probable que ganen un premio grande, si no es que el premio mayor.

Más de una vez vio cómo sucedía ese fenómeno con el Chepe, quien con el tiempo acumulaba una salida de dinero más o menos voluminosa por esta vía,

pero tarde o temprano no solamente recuperaba, sino que rebasaba su inversión que no era inversión, sino una manera de dilapidar dinero.

A Ricardo le ocurre lo contrario. Su único mérito estriba en que, a diferencia de todos aquellos que sueñan con hacerse ricos sacándose la lotería pero no la juegan, él sí la jugaba, aunque con los resultados descritos.

Estaba bien. Su trabajo —hasta ahora— era el de dueño simulado de una comercializadora que —no podía ser de otro modo— pertenecía al Chepe Castilla, pero que por cuestiones tanto de impuestos como en términos de manifestación de bienes —pues no hace mucho que el Chepe era todavía alto funcionario— convino más que apareciera como propiedad de Ricardo.

Lo segundo que dijo el Chepe al dar a conocer su nuevo retiro, fue que iba a liquidar la comercializadora, con lo que dejó frío a Valencia, por no decir de una manera más rotunda la auténtica sensación que le provocó.

Ricardo había tenido una mala racha, que rompió el equilibrio de sus finanzas personales, volátiles de por sí, presionadas por los gastos clásicos de la casa, los coches, las colegiaturas de los niños, las cuentas en tiendas departamentales, el uso fuerte de tarjetas de crédito, los restaurantes, etcétera, es decir, esa quebradiza manera de vivir asumida por muchos de los que habían creído llegar al primer mundo porque podían adquirir baratijas taiwanesas en puestos de ambulantes o caviar español en los anaqueles de los supermercados.

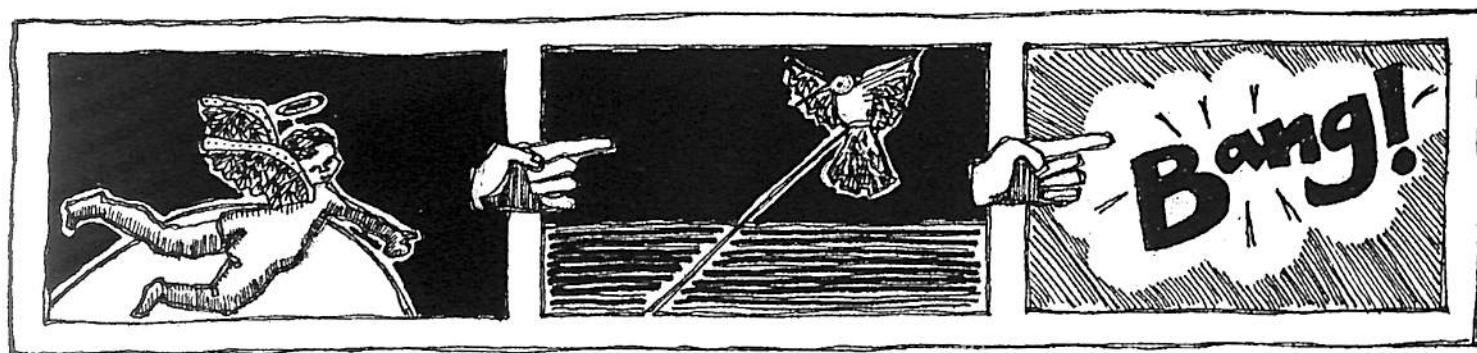
Le habría ido peor si no hubiese sido por el rescate que decidió el Chepe en su favor, no tanto en honor a la amistad, sino por la necesidad de contar con alguien *de confianza* en una nueva empresa que había iniciado al fragor de la apertura comercial. La empresa estaba a punto de irse por el caño a causa del retiro del Chepe Castilla.

Cuando recibió la noticia, después de segundos de pavor y de reflexión, Ricardo decidió irse con tiento.

¿Acaso no eran amigos de toda la vida? ¿No se habían frecuentado desde las etapas más importantes del inicio de la madurez, durante los estudios universitarios? ¿No habían comido en el mismo plato en la misma cafetería? ¿No habían hecho causa común aquella vez que el Chepe Castilla consiguió estratégicamente la suplencia como consejero alumno ante el consejo universitario? ¿No habían preparado juntos sus respectivas tesis? (En la práctica el Chepe se había limitado a pagar la edición de los ejemplares, pero no redactó línea alguna ni consiguió la información que reforzaban las hipótesis centrales de las pretendidas investigaciones académicas).

¿No habían colaborado en varios encargos públicos? ¿No había Ricardo echado siempre el hombro a su muy amigo? ¿No le había servido de tapadera en uno que otro asunto oscuro?

A punto de entrar a la cuarentena, no quería reenfrentarse a un mercado de trabajo ultradepresionado, en el que además de la edad otro obstáculo era su sobrecalificación laboral. Dicho de otra manera, era más fácil para un recién salido de la facultad conseguir un trabajo de analista en una oficina gubernamental o de investigador de crédito en un banco, o de meritorio en un despacho jurídico, que para Ricardo Valencia lograr una colocación superior o al nivel de primerizos. Nunca había ejercido su carrera y se había metido a los vericuetos de la administración, de tal modo que no se veía litigando, por ejemplo. Aun con ese antecedente de parcialización pretendidamente profesional, sabía demasiado, y tenía demasiadas mañas y demasiados años auestas, de modo que su elegibilidad laboral se estaba volviendo aceleradamente nula.



Por eso, miró hacia el Chepe y puso cara de ¿Y?

—Para eso me retiro. Voy a buscar la diputación —sostuvo, orondo a cual más no poder, el Chepe.

Días antes habían discutido que nuevamente en el PRI habían rechazado su posible precandidatura, a pesar de que estuvo moviendo dineros e influencias para que lo mencionaran en las columnas políticas de los periódicos y para que en el comité lo tuvieran presente. Por eso, aclaró:

—Es por el PAN ahora. Voy a ser su candidato.

Aparente sorpresa inicial. Era evidente que la ambición del Chepe había rebasado los límites de la plataforma ideológica. Desdeñado por los jerarcas del que había sido su único partido —dado que antes era casi siempre el único partido de muchos—, rebasado por un anónimo dirigente obrero al que se acreditaba mayor fuerza para atraer al electorado, en reconocimiento de antiguas cuotas de poder, el Chepe daba un cambio y se aprestaba a demostrar al mundo entero que bien podía ganar una elección, cualquiera que le pusieran enfrente.

De entrada, Ricardo evitó indagar qué clase de artilugios había utilizado Chepe para hacerse de una candidatura, y le intrigaba que estuviera buscando la postulación en un partido que, en el nivel local, se había caracterizado por cierta rancia caballería de sus dioses penates. Un viejo panista había sido su maestro en la preparatoria y, años después, seguía manteniendo contacto telefónico con él, aunque terminó suspendiendo esa comunicación a partir de un día que marcó el número y lo negaron, rechazaron que el maestro viviera más ahí. Comprendió todo al enterarse después que el profesor se había divorciado de su esposa, en aras de renovar su aptitud amorosa con una mujer veinte o treinta años más joven y que en su vida había escuchado hablar de Gómez Morín y compañía, pero que compensaba tamaña ignorancia histórica con un atractivo cuerpo en el que aun un prohombre de la tradición blanquiazul podía atorarse, como sucedió.

Ricardo lo supo porque, según trascendió en su círculo familiar, la joven mujer era hija de una hermana de un ex cuñado.

El Chepe Castilla estaba a punto de la nominación como candidato a diputado, que él decía era virtualmente segura, cosa de días.

Como Ricardo continuara con su falsa impertérrita cara de ¿Y?, al Chepe no le quedó más remedio que actuar con la mínima decencia respecto al pan que comen los hijos y los acreedores de su amigo y adelantó otra exclusiva:

—Es obvio, tú serás mi secretario.

Puestos a andar en esa absoluta seguridad de que en unos pocos meses más el Chepe estaría despachando en la Cámara de Diputados, Ricardo tuvo el atrevimiento de enmendarle la plana y decirle:

—Secretario no, mejor asesor.

Un secretario está sujeto a muchas talachas, desde llegar más temprano que el titular a la oficina hasta tener que atender a los electores, llevar la correspondencia interna, hacer las citas con la prensa, llevar la agenda.

Como asesor, podría recibir un sueldo atractivo, más que el que venía recibiendo en la comercializadora por hacerle el trabajo sucio al Chepe Castilla. Podría llegar a media mañana, luego de ir con la representación del titular a algún desayuno. Estaría por encima del secretario particular, quien sería no mucho más que un empleado de cierta confianza, y en cambio Ricardo siempre navegaría con la bandera de amigo del diputado. De vez en cuando le prepararía algún discurso al Chepe, revisaría los dictámenes de las leyes que tuvieran que pasar por sus manos, aunque, claro está, con el apoyo de otro asesor, que sería mero empleado, el técnico, finalmente un trabajador más al servicio del diputado Castilla, mientras que Ricardo Valencia alimentaría discretamente su ínclita condición de amigo del diputado Chepe Castilla.

Si no es en esas circunstancias, entonces, ¿cuándo vale la amistad o cuándo valen las relaciones familiares? Porque había caído en la cuenta de que, independientemente de la probabilidad de que el Chepe hubiera utilizado algunos recursos de su fortuna personal para adquirir la condición de candidato a diputado, independientemente de esa posibilidad de mercadotecnia democrática, tenía varios parientes enclavados en el sector comercio que eran neopanistas, y que, en cualquier caso, habrían de facilitar esa adhesión de última hora. Por lo mismo, era de esperarse un discurso ampliamente democrático por parte del Chepe, con base en su largo historial como candidato frustrado de su anterior partido. ○

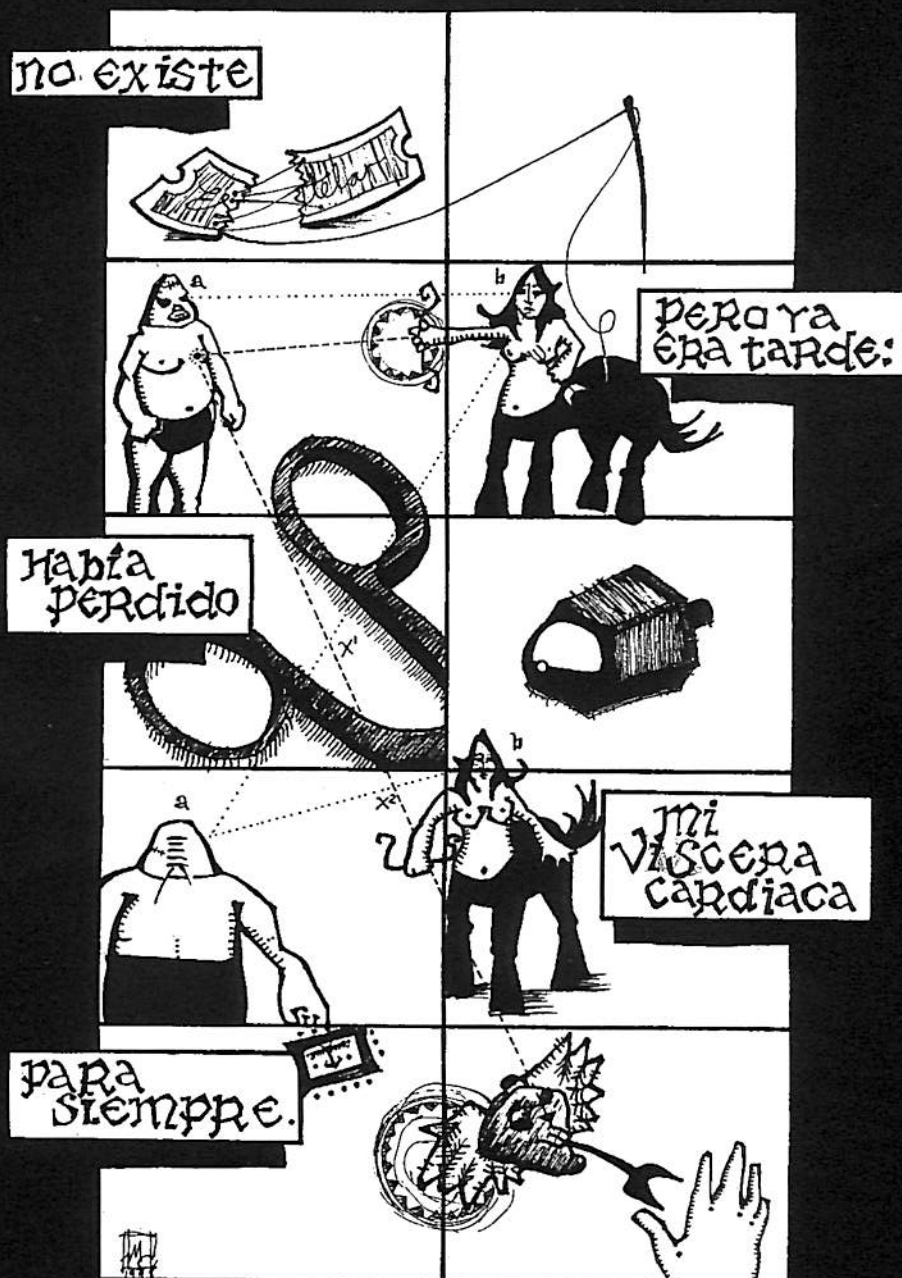


Santo contra

idea, dibujo y texto: Marycarmen Zepeda · agosto



la mujer Centauro



fin